

# LA PROTESTA

Año 18

Precio: 5 ctvs.

Buenos Aires, Sábado 2 de Agosto de 1913

(PORTE PAGO)

Núm. 2005

## DIARIO DE LA MAÑANA

Oficinas: CANGALLO 2559

Unión Telef. 4101 (Unión)

Correspondencia, valores, giros, etc., a nombre del administrador: A. Barrera

SUSCRIPCIÓN PAGO ADELANTADO:

Mensual en toda la república: \$ 1.50

Exterior: \$ oro 0.30

Los originales no se devuelven ni se contestan

LA PROTESTA, Agosto 2 de 1913

### A los suscriptores de la Capital

Comunica a los suscriptores de esta capital, que ha designado cobrador del diario al compañero Pedro Leandro.

### COMITE "LA PROTESTA"

Están citados, los componentes de este comité para el sábado a la hora y local de costumbre

### Que se prostituyan pero que trabajen

Siempre hemos sostenido que los que se ocupan en reglamentar lo negativo son los más insubribles hipócritas, desde el legislador y el juez, tan sabios en cosas vedadas, hasta los moralistas, tan crédulos en las cosas «malas», que atacan o son perniciosas a la «morale».

Los hombres puede decirse que han perdido su tiempo en conocer las cosas que los perjudicaban, sin conocer las nunca verdaderamente, en lugar de leer de una buena vez a las que les beneficiaban, que, por todo y para todos, hubiera sido mucho mejor.

Si en la sociedad, la tendencia predominante hubiera sido a la ascensión, en vez de ir a la «depravación» — cosa que ha exigido un sinnúmero de funcionarios, de «depuradores», diputados, jueces, y comisarios que se han portado siempre despóticamente y a quienes nosotros hemos recobrado ese derecho porque de otra manera no hubieran podido cumplir su función — hoy no estaríamos como estamos, ni nos encontraríamos con las mismas o peores depuraciones que hacen, mientras lo que hemos avanzado es tan poco, que para los sacrificios que ha costado, casi, equivale a nada. En efecto: las sociedades agonizan hoy, lo mismo que ayer, por exceso de «depuradores», sin que el mal se acabe ni el bien se divise por ninguna parte...

La bancarrota del sistema es evidencísima — sistema tan perjudicial y tan caro que apenas hay quien se libre de ser víctima y todos no alcanzamos a pagarlo, teniendo que derramar de vez en cuando nuestra sangre en los campos de batalla para que el oro del vecino cubra nuestra deuda — y no obstante permanecemos aferrados a él, considerando que todavía debemos estar agradecidos a los que nos «depuran» y rechazar a los que nos proponen la ascensión a una vida o a una moral superior.

El legislador — como el juez, como el comisario — es siempre un amo, que no tiene tampoco otra pretensión que pasar por un «buen amo», lo que es la mayor hipocresía; y justifica su existencia por la necesidad de depurar al

esclavo de las lacras mismas que pro-

vienen de su esclavitud. Las consecuencias de este sistema son que la sociedad gasta la mayor parte de sus energías en depurar lo indepurable y sólo consigue echarse sobre los hombros, la tiranía de todos los depuradores.

Conyencidos éstos de que la sociedad hace un esfuerzo inútil, reglamentando lo negativo, que «de todas maneras se produce», y manteniéndolos a ellos para proveer a esta reglamentación, transigen con el mal mismo, con la carcoma, pero afectan hipócritamente que la han destruido, cuando como la prostitución la han encartillado, o cuando como con la trata de blancas, su fórmula puede ser: «que se prostituyan pero que trabajen»; nosotros nos ocupamos de la prostitución negativa, la que llamamos verdadera prostitución».

### Nosotros los iconoclastas...

Destruir ídolos; sembrar desconfianzas; desprestigiar instituciones y hombres, es sin duda hacer obra anárquica.

En esta tarea nos acompañan muchos que ni siquiera son anarquistas. Debémoslos por ello agradecimiento.

Es preciso que nadie crea en nadie. Hace falta que la iniciativa individual ahogada por ese montón enorme de respetos, de privilegios acatados, de verdades indiscutidas, de grandes nombres y encumbradas figuras, florezca, surja sobre la tierra potente y lozana.

La deliberación, el análisis, el criterio propio, el no rendir conformidad ni vasallaje a lo dicho o hecho por otros, sin que un previo examen haga conocer su propia fuerza virtual, es lo que necesitan los anarquistas y que a veces se dejan subyugar por la ley de las simpatías personales, por la fama del propagandista, por la aureola del martirio del perseguido por la policía.

Los que denigran, los que zahieren, los que tildan de pillos y malvados a sus mismos compañeros de ideas, los que en cada actitud del propagandista ven un fin oculto, un maquiavélico propósito, también hacen a su pesar, labor anárquica con ese estimular desconfianzas y quebrantar respetos y admiraciones, pues fomentan el análisis y el examen e incitan a que ninguno se deje inconscientemente guiar por otro.

A nosotros no nos dañan, no nos perjudican los ataques por recios y justificados o gratuitos que sean.

Es a los que tienen alma de caudillos a quienes duelen y perjudican las censuras. Se les puede ahuyentar la mesnada...

Nosotros opinamos que no se debe creer ni en nosotros, ni en los que nos critican, ni en los que siempre elogian, ni en los que fustigan, ni en los que adulan a la multitud, ni en los que afectan despreciarla.

Estudiar, comparar, atender más a lo que se dice que a quien es el que lo dice, y formar juicio propio, personal, eso es empezar a ser libre y por lo tanto anarquista.

Porque la primera libertad es la del cerebro: la mental.

El que repite siempre lo que otro sostiene, no es un hombre, ni mucho menos un anarquista. Es un fonógrafo.

Hay que derrumar ídolos y prestigios, con saña, ferocemente, en nuestro campo y fuera de él.

Por algo somos iconoclastas. Y no nos duelen críticas, ni insultos, ni calumnias.

### Patriótica protesta

Los remates y la bandera

Hemos leído en el periódico «Alberdi» — no se alegren los amigos creyendo que ha salido a la calle el «Alberdi» nuestro, el que un juez encerró hace tiempo con el candado de la ley —, una carta de una señorita que, a fuer de galantes, y por no faltar al bello sexo, queremos suponerlo muy gentil y muy amable, y, sobre todo, muy sentimental y patriota, donde dice: «Vi con bastante desagrado y también con odio, la manera inculcable con que profanan nuestra insignia patria: en una casa de remates flameando nuestra bandera azul y blanca, atravesada por rojas letras que indicaban el nombre de los rematadores: Vazquez y Estevez, en su blanca franja. ¡Así han profanado nuestro lábaro, transformándolo en un simple trapo de reclame!»

«Por esto, mi alma se siente no tan sólo ofendida, sino también herida.»

Francamente, sentimos en sumo grado la herida que se ha hecho en el alma de «trapo» de esta señorita.

No obstante, sentimos más por la bandera. ¡Pobre bandera!

Si estuviese dotada de la exquisita sensibilidad de la joven patriota, estamos seguros que se suicidaría. ¡Pobre bandera!

Pero, se nos ocurre una idea. Vamos a exponerla, respetuosamente, para que si esa joven, u otra que sienta tanto odio por el ultraje de un trapo convertido en bandera de reclame — o viceversa —, se toma la molestia de creernos, calme sus nervios y no sufra tanto.

Respetable y amabilísima señorita, ¿jamás ha visto usted algo que le desagrade más, y que la hiera más profundamente que una bandera ultrajada?

¿Tiene usted hermanitos? ¿Sobrinitos? ¿Sí, verdad? ¿Los quiere mucho? ¡Qué hermoso es verlos jugar satisfechos, sanos, alegres, verdad? Supongo que nunca los ha visto enfermos, tristes, sin pan. Quiero creer que abriga nobles sentimientos, que ama mucho a los niños y a los ancianos, que los respeta mucho también. Quiero creer que usted no es miope, al contrario, que tiene hermosos ojos que ven muy claro y a mucha distancia. Quiero creer también que ama la vida y la libertad.

En fin, la imagino a usted «digna representante del bello sexo», como dice «Alberdi».

Tenga usted, respetable señorita, la amabilidad de asomarse al balcón, mire cuantos niños tristes, enfermos, pálidos... Mire cuantos ancianos maltrechos semidesnudos, temblorosos, sucios... Mire cuantas jóvenes marchan apresuradas a la fábrica, todas con el sello del dolor en la frente; aun no tienen quince años y ya están marchitas, deshojadas...

Mire esos jóvenes encorvados las espaldas por el peso del trabajo y encorvados por el peso de mil penas, marchar tristes... Mire allá lejos, sobre aquel edificio alto, ¿ve? se distingue una bandera azul y blanca. Allí es la cárcel, a la sombra de esa bandera se maltrata a miles infelices: la sociedad castiga en ellos los crímenes de ella. Esa misma bandera la que he visto y izada en Tierra del Fuego; allá, en aquella inmensa sepultura de hombres vivos, la he visto mancharse de rojo con la sangre de esas víctimas — créame que hay allí muchos inocentes, muchos, pero muchos más inocentes que los que fueron a hacer sacar la bandera del remate —, he visto la mancha extenderse por su

blanco de nieve, cubrir los bor-

es de

su «azul» de cielo y empapar el asta, esa asta, pedestal de un símbolo sumido en la infancia que la hubiera deseado en ese momento de fuego para clavarla en el corazón de todas las hipócritas y de todos los canallas...! Perdóne si me he excedido, respetable señorita; es el recuerdo, la visión de tantas cosas malas.

Sea sincera, señorita, no encuentra usted más desagradable y odioso todo

¿Qué significa una bandera, por respetable que sea, comparada con un niño, con un anciano, o con una joven? Empiezo por arrepentirme de lo que he escrito, temo ser víctima de una farsa. ¿Será posible que el delicado corazón femenino, pueda abrigar en él semejante aberración?

No puede ser. Creerlo es ofender al sexo femenino, es insultar cruelmente a las madres de esos niños tristes, en esto, que la bandera «del remate»? Confíeselo íntimamente. No le parece más noble, más humano, más digno de su sexo, indignarse y protestar ante tanto ultraje, ante tanto dolor inferido en palpitante carne humana.

Sería faltar al respeto a esos ancianos maltrechos, semi-desnudos, sucios, hambrientos...

Pero jóvenes estudiantes que se indignen por el ultraje de una bandera, y que ultrajen, se moten e insulten a los niños y a los ancianos y los obreros y obreras, si los hay.

Hay tantos que abundan por las calles de esta ciudad.

¡Vayan para ellos entonces, las consideraciones que me ha sugerido la «Patriótica protesta» de «Alberdi».

X. X. X.

### Héroes

El mundo de los héroes permanece ignorado. Este mundo está oculto en pliegues profundos, es impenetrable a las miradas humanas. Esto puede ser, y tal vez sea en realidad, una condición de excelencia y prueba de una aptitud especial de energía y originalidad. La parte visible de los héroes, de aquellos héroes que el número poético de Carlyle hizo inmortales, está formada de una serie de acciones comunes, de acciones exteriores manifestadas por una concurrencia de fuerzas extrañas. Es posible que en los días de hoy, un Mahoma o un Napoleón no significaran nada. Es que en ellos el genio heroico, en el sentido de una moralidad superior, el genio divino, que diría Luciano, propendía únicamente al mundo práctico y material, estaba limitado por una estrecha razón: arrastrar multitudes ignoras. Había en esos héroes expansiones de fuerzas prodigiosas capaces de trastornar al mundo pero ineficaces para modificar el más leve movimiento de sus naturalezas bestiales. Sócrates está más alto que Napoleón y representa un tipo original y heroico más grande y sublime que cuantos guerreros, religiosos o no, hayan dejado en la historia abundantes páginas de hazañas. Batallas ganadas al espíritu del mal sin más concurrencia que la energía e inspiración propias; análisis y disecciones psíquicas intelectuales que requieren esfuerzos supremos de constancia y atención; luchas encarnizadas con los rechazos instintos, estas son obras infinitamente más arriesgadas que las de cualquier aventurero.

Rectificar una inspección del alma, es cosa inmensa. El mundo exterior es un formidable enemigo. Se lucha con los hombres y antes de conseguir una victoria habremos perdido mil añoses. Ha-

Epsilon.







TA, calle Pásaje Centeno número 8 (frente a la plaza Pringles), todos los días de 8 a 10 p. m.

SAN JUAN

Nos comunica el compañero Antonio Cañete, Agente de LA PROTESTA en San Juan, que por ausentarse él de este punto, fué nombrado en una reunión nuevo agente del diario, el camarada E. Esquivel, Caseros 568.

MAR DEL PLATA

A los compañeros y suscriptores de LA PROTESTA de Mar del Plata, se les hace saber que para suscribirse, pagar sus cuotas, o hacer alguna observación respecto al diario, pueden hacerlo todos los días de 7 a 10 p. m. en el local de la Biblioteca Popular, San Juan 1954.

Sociedad Cosmopolita  
Cortadores de calzado

Gran Función, Conferencia y baile que a beneficio de la Caja Social y del Comité Pro Local se celebrará el sábado 30 de Agosto de 1913, a las 8.30 p. m. en el Salón-Teatro Casa Suiza, Rodríguez Peña, 254, en el que presta su desinteresado concurso el cuadro de aficionados Agrupación Artística «Angel C. Cappellano».

Programa.—1.—Himno «Hijos del Pueblo» por la orquesta.—2.—«Apertura del acto por el secretario de la sociedad». 3.—Se pondrá en escena el emocionante drama en un acto y un cuadro, original del compañero Dante Silva, titulado: «Los Mártires».

4.—«La Marsellesa», por la orquesta. 5.—El señor Angel C. Cappellano recitará el monólogo dramático, titulado: «El Presidario».

6.—Himno de los Trabajadores por la orquesta.

7.—Subirá en escena el boceto dramático en un acto, de Gerardo Lopez, titulado: «Guillermo Warion».

8.—Conferencia por un compañero, sobre temas de actualidad.

9.—Se representará el juguete cómico en un acto y tres cuadros, titulado: «Silvino Abrojo».

10.—Finalizará la velada con un gran baile familiar a toda orquesta.

Agentes de LA PROTESTA

Montevideo (R. O. del U).—Julio Giambastiani, Brandzen 85.

Bahía Blanca, Fernando Ramos, Hódich 1306.

Cruz del Eje, Bautista V. Mansilla.

Jujuy, Antonio Giménez, Belgrano 46.

Mendoza—Antonio Pujol, Perú 1380.

La Plata—Jorge Cañero, calle 43 número 459.

Ingeniero Whitte Gerónimo Prieto, J. Avenente 660.

Córdoba.—Francisco Moll.—Salta 101.

Tucumán.—Domingo Obejero. —Alberdi 137.

Mar del Plata, Andrés Hermida, San Juan, 1954.

Chacabuco.—José Godoy—Gay 45.

Coronel Suarez.—Juan Borda.—Adolfo Alsina, número 24.

Bolivar (F. C. S.)

Martin Lanzinetti.

Agente en Lomas de Zamora, Francisco Genise, Loria 1030.

Nota:—A los agentes que deseen sea publicado su nombre y domicilio para que los compañeros de cada localidad sepan donde deben dirigirse para pagos y demás, les pedimos nos lo comuniquen a la brevedad posible.

LIBROS NUEVOS

Están en venta en esta administración, los siguientes:

OBRAS TEATRALES — «La voz del abismo», por Pedro Maino. Precio: 0.20. «Sugestión», por Egidio Panella, a 20 centavos. «La virgen Roja», por Isabel Hortensia Pereyra y S. Cordon Avellan, a 0.50. «La Columna de Fuegos», por Alberto Ghirardo, a 1 peso.

«Dinamita Cerebral», (los cuentos anarquistas más famosos). Precio 0.50 centavos.

Avisos varios

Repartidor práctico, se ofrece. Por carta a Mrío Rapisardi, Azcuéna 270.

Se desea saber el paradero de los compañeros Vicente de Marco y Francisco Albores y hermano.

Dirigirse a LA PROTESTA.

Se desea saber el paradero de Pedro Dezeta. Lo busca su hijo Pedro, llegado recientemente de Italia. Dirigirse a LA PROTESTA.

Se desea saber la dirección de Francisco Toló y Domingo E. Chiapero. Informar a Domingo C. Marconi y Caiola, Basualdo 156, Buenos Aires.

Espectáculos

NUEVO. — Compañía cómico-dramática nacional, de Pablo Podestá.

Hoy, sábado 2, a las 8.45: «La Zaira».

NACIONAL (Corrientes.—Compañía cómico-dramática nacional, Gerónimo Podestá.

Hoy sábado 2: «El Dandy».

APOLO.—Compañía de zarzuela mixta dirigida por Rogelio Suarez.

AVENIDA.—Compañía cómico-lírica española, de Eugenio Cassal.

Hoy, sábado 2: «Certamen nacional».

COMEDIA.—Compañía de zarzuelas españolas, de los actores Carreras y Montcayo.

Hoy, sábado 2: «El buen Guzmán».

MAYO.—Compañía de zarzuela española, dirigida por el actor Casimiro Ortas.

SAN MARTIN.—Compañía lírica «Ciudad de Turia».

Opera, opereta, zarzuela.

ARGENTINO. — Compañía de comedias y vaudevilles, de Florencio Parravicini.

Hoy, sábado 2: «Viaje de placer».

VICTORIA.—Compañía de operetas y zarzuelas españolas, de Manuel Casas.

Hoy, sábado 2: «Los sobrinos del capitán Grant».

CASINO.—Compañía de variedades y atracciones.

BOICOT a Retta y Chiaramonte

ANTONIO ZOZAYA

2

EL PEQUEÑO EDISON

—Muchas gracias—dijo concisamente el bachiller. Y volvió a caer en su tenaz y abatido mutismo.

Le desagradaba aquella señora tan gruesa, tan pintada, con sus ojillos grises y sus lazos en el cabello teñido de rubio. No hablaba sino de su difunto y de la famosa razón social «Layne Roselló y Compañía», y siempre acababa por lanzar unos suspiros ruidosos que se traducían no pocas veces en tos estridente. Sentía deseos de marcharse a su casa; pero seguía inmóvil y cabizbajo; ni siquiera le hizo reír la figura de «King» con su pala alzada, como si fuera a cazar una mosca invisible.

En cambio, Jacinta charlaba y reía por los codos; el chico debía estudiar para Obispo o Secretario de Ayuntamiento. El de su pueblo había acabado por quedarse con todos los pañales; tampoco era malo ser comerciantes: todos se hacían ricos pesando; y luego dejaban a sus viudas bien gordas y lustrosas. Doña Emerenciana la miraba indignada, y Clara hubo de decirle más de una vez:

—Bueno: basta, Jacinta.

Llegó la hora de despedirse; el marido de Clara vendría muy pronto a comer y con la alegría del notición no tenía todavía el cocido azafrán. Doña Emerenciana dió un beso a Pepito, quien le recibió con disgusto. Lo dicho, había que ser bueno y aplicado y formal.

¡Formal! Pepito era la formalidad personificada. Todos los niños de su edad corrían y jugaban y aiborotaban y hacían mil diabluras. El no: se pasaba la vida estudiando; para él no existían juguetes, ni días de sol. Además, había concluido por no echar la alegría de menos. Era un misterio el alma del niño moldeada en primera de activa, rigida y helada como el valor de n r 2. Asintió con un movimiento de cabeza, como prometiendo que sería formal.

Y todos salieron a la escalera, la viuda de Laynez sin dejar de hablar y tocar y de dar consejos. Por fin pronunció su frase postrera:

—Hasta la vista, señor Bachiller.

El niño contestó con otro «adiós» pronunciado de un modo casi mecánico, y miró a la viuda con mal disimulado hastio.

Seguramente la hubiera contestado con sus mismas palabras, poniéndolas, como excelente gramático que era sin duda, en femenino.

II

A los cinco años Pepito sabía ya leer de corrido. Era asombrosa la disposición del rapaz y la atención que ponía en las cosas más nimias. Su padre había comprado un rompecabezas de letras, y el niño, en fuerza de combinarlas había acabado por formar con ellas palabras y frases. Un día en que estaba convidado a comer un antiguo amigo de la familia, éste fué sorprendido por Pepito, al cual nadie suponía tan adelantado, que traía formados los trozos de madera; había combinado con ellos estas palabras: «Yo seré ingeniero».

Produjo aquello estupor, primero, y luego alegría, todo el mundo convino en que era aquel un caso pasmoso de precocidad. El amigo que era un poco fre-nópata se apresuró a medir el cráneo del niño y a estudiar su conformación. Después, en tono doctoral, pronunció que el niño sería seguramente ingeniero, pues tenía aptitudes extraordinarias para el estudio y, mezclando idiomas e ideas, le bautizó desde luego con el sobrenombre de «Edison petit».

Edison petit fué a la escuela. Desde el primer día asombró a los maestros. Al volver de la escuela buscaba todos cuantos libros encontraba a su alcance y los devoraba con ansia. Antes de cumplir los siete años, el Director del colegio anunció que Pepito estaba en disposición de ingresar en el Instituto. Su-

frido el examen, el estudiante quedó admitido nada menos que con matrícula de honor.

Fué aquel un día memorable. Clara lloró de alegría y entusiasmo; por nada del mundo hubiera cambiado aquel triunfo del hijo de sus entrañas. ¡Sería ingeniero! Es decir, sería rico, considerado, dichoso, y a ella le correspondría parte de su gloria, y en los últimos años de su vida dejaría también de sufrir las angustias de la miseria que frustraban y amargaban su juventud.

Porque Clara no había conocido jamás sino angustias y privaciones; hija de un músico militar de contrata, había tenido desde muy niña que acudir a un taller de costura, inclinada de día y de noche sobre el lienzo cuando preparadora, y sobre la fatigosa máquina cuando costurera, había vertido muchas lágrimas de desesperación viendo la esterilidad de su esfuerzo. La muerte de sus padres no empeoró su situación; siguió trabajando en el taller aun con más ahinco; pero su jornal era tan miserable y escaso que apenas si bastaba para pagar un modesto hospedaje. En estas condiciones la conoció Ricardo Poncel, joven empleado en la sucursal madrileña del Banco General Irlandés, casa comercial fortísima que, no obstante, creía pagar espléndidamente a sus empleados subalternos con cincuenta pesetas mensuales. Ricardo, otra víctima de la adversidad, la conoció una tarde en un asiento de anfiteatro del circo. Las relaciones fueron muy cortas; antes del año, ambos trabajadores, libres, huérfanos y mayores de edad, se habían casado legalmente, dispuestos a luchar juntos por la vida y la especie.

Aprovecharon la favorable coyuntura de haber sido ascendido Ricardo a cien pesetas, después de diez años de servicios. Poco era este ingreso para sostener una familia, pero Clara dejaría el taller y podría ganar en casa una peseta más. Con un poco de orden y de economía, pudieron ir a ver que Clara entró en franco embarazo, tomar una criada, Jacinta, hostil y cerril, pero sobria de corazón, excelente, y lo suficientemente abnegada para compartir con sus amos todo género de escaseces. En este respecto, la ruda Jacinta hubiera podido muy bien optar en Francia al premio Montyon.

Clara y Ricardo se querían y, además, eran buenos. El niño vino a unirles en lazo más cordial y entrañable. Ricardo, en cuanto salía de la oficina, venía a su casa a coger y a besar al niño. Clara aprovechaba esta ocasión para trabajar con ahinco; era mujer espléndidamente hermosa, pero jamás se le ocurrió sacar otro provecho de ella que el enamoramiento de su marido; su entendimiento claro, aguzado por la necesidad, la hizo colocarse muy pronto en condiciones de confeccionar preciosos trajes para bebés, que eran relativamente bien pagados en los almacenes de novedades. Fué aquella una época de grato bienestar; tan cierto es que basta con muy poco para hacer a dos seres que se quieren felices.

Peró comenzaron los estudios del niño. Las matriculas y los libros consumieron gran parte del presupuesto. ¡Y qué libros! Profesor había de segunda enseñanza que no se contentaba con menos de veintiséis pesetas entre textos, libros y mapas auxiliares; un desembolso extraordinario de doscientas pesetas en Octubre y de ochenta en Mayo hacía fracasar todo cálculo. A más, el niño necesitaba ir al Instituto bien abrigado, y hubo que comprarle excelentes prendas interiores de lana, abrigos y bufandas, chanclos e impermeables. Ricardo empeñó una sortija, el reloj y el gabán. Clara pensó de despedir a Jacinta; pero ésta declaró que nunca se iría y que admitiría la soldada que sus amos quisieran, dispuesta a pasar hambre antes que abandonar a su chiquitín.

(Continuará)